

Escribir, ese misterio

Pensar en los momentos premonitorios de una obra narrativa me dirige, ineludiblemente, a la célebre entrevista donde William Faulkner confesaba que el estímulo inicial de una novela lo produjo la contemplación de las braguitas de una niña que intentaba trepar por el tronco de un árbol. Durante días y días aquellas bragas y aquel árbol se le aparecían en los momentos más inesperados. Se servía un whisky y entre las rocas aparecía la prenda íntima; intentaba leer un periódico y sobre la página impresa flotaban los muslos de una niña; veía pasar a una vecina fruncida y apergaminada por la acera de enfrente y en el trasero de aquel tétrico antídoto contra la lujuria no podía dejar de sobreponer los pequeños glúteos de la niña que trepaba por el tronco de un árbol. Aquella imagen inicial comenzaría en algún momento a ramificar. Se me ocurre que un día el escritor debió imaginar bajo aquel árbol a un niño que se debatía entre la vergüenza, la humillación y la necesidad animal de mirar las piernas desnudas y la prenda íntima de aquella niña que resultaba ser su hermana. Encerrada en una nuez, se encuentra ya ahí la esencia de una de las más extraordinarias novelas de nuestro siglo, la que cuenta la pasión de Quentin Compson por su hermana Caddy y su trágico desarrollo. Su título: *El sonido y la furia*.

A veces, esa primera incitación aflora y turba por un instante o durante varios días al eventual autor, para luego inexplicablemente replegarse en uno de los pozos más negros de la memoria, en espera del momento oportuno para volver a aparecer con potencia acumulada. Nadie puede prever el tiempo que tardará en madurar el estímulo inicial. Puede ser un asunto de días o de décadas. Thomas Mann trazó a los veinte años los esbozos de una novela que escribiría cincuenta años más tarde, *Doktor Faustus*, un libro que bastaría para asegurarle la inmortalidad.

Los caminos de la creación son inseguros, están llenos de pliegues, de espejismos, de demoras. Se requiere la paciencia de un ángel, una buena dosis de abandono y, a la vez, una voluntad de acero para no sucumbir a las trampas con que el inconsciente se encarga de obstaculizarle al escritor su camino. La lucha entre Eros y Thánatos está siempre en la raíz de la creación. El final del combate es siempre imprevisible.

Pasé la niñez en un ingenio azucarero, en Potrero, Veracruz, lugar tan insalubre como con toda seguridad lo habrán sido en la misma época las fincas de Nueva Guinea, del Alto Volta o de la Amazonia. A los breves intermedios de actividad corporal sucedían largos períodos en que las fiebres palúdicas, las tercianas, me reducían a la cama. Mi único placer entonces provenía de la lectura. De grado y por fuerza me convertí en lector de tiempo completo. Salté de las lecturas propias de la infancia: Verne entero y *La Isla del tesoro* y *El llamado de la selva* y *Las aventuras de Tom Sawyer*, a las novelas de Dickens, y, luego sin transición, al *Ulises criollo* de José Vasconcelos, a *La guerra y la paz*, los poetas mexicanos del grupo Contemporáneos, Freud, Proust, D.H. Lawrence, las lenguas extranjeras. Leí todo lo que cayó en mis manos. Llegué a la adolescencia con una carga libresca bastante insoportable. Añádase a ello que vivía con mi abuela, y que quienes visitaban la casa eran su cuñada, sus amigas de juventud, a veces su casi centenaria nana, y que entre todas se las ingenaban para que la conversación evitara cualquier tema contemporáneo y permaneciera estrictamente detenida en una especie de utopía derrotada, de edén subvertido: el mundo anterior a la Revolución, cuando se podía viajar a Italia y no sólo a Tehuacán a tomar las aguas y recuperar una salud que a fin de cuentas no servía para nada, puesto que el tiempo que merecía la pena vivirse había quedado atrás, extraviado, destrozado, se podrá entonces comprender mi posterior destino. Si a la acumulación de lecturas escasamente digeridas se agrega el cauce de literatura oral que fluía a mi alrededor para mantener la casa alejada del presente, y por lo tanto de la realidad, nada tiene de extraño que en un momento dado pasara de la categoría de lector a la de aspirante a escritor.

Llegué a la capital a los dieciséis años para cursar estudios universitarios. Me inscribí en la facultad de derecho, pero frecuenté más la de filosofía y letras. Si bien es cierto que esta última en su conjunto me resultaba mucho más atractiva que la de derecho, ya que pasar de los cursos de historia de la historiografía a los de literatura medieval italiana, y de la historia del arte moderno a la literatura de los Siglos de Oro, era infinitamente más placentero que asistir a las aulas de la otra facultad a escuchar disquisiciones incomprensibles sobre derecho mercantil o procesal civil, también lo es que la definición de mi destino, mi ser hacia y para la lite-

ratura, se lo debo a la facultad de derecho, y concretamente a un maestro, don Manuel Martínez de Pedroso, catedrático de teoría del Estado. Los alumnos más comprometidos con la carrera, los más ordenados, los de las mejores calificaciones en todas las asignaturas, desorientados ante la ausencia de un programa previamente establecido, y la resistencia del maestro a señalar un libro de texto, desertaron a las dos o tres semanas de haberse iniciado el curso. Don Manuel Pedroso fue una de las personas más cultivadas que he conocido, y, quizás por eso, no tenía nada de libresco. Su sentido del orden se manifestaba de la manera más oblicua que pueda uno imaginar. Cuando en el salón no quedó sino un puñado de fieles, el maestro sevillano inició realmente su *paideia*. La impartía del modo más heterodoxo que en aquella época —y es posible que en cualquier otra— pudiera concebirse la enseñanza del derecho. Pedroso solía hablarnos del dilema ético encarnado en *El gran inquisidor* dostoievskiano; del antagonismo entre obediencia al poder y el libre albedrío en Sófocles; de las nociones de teoría política expresadas por los Enriques y los Ricardos de los dramas históricos de Shakespeare; de Balzac y su concepción dinámica de la historia; de los puntos de contacto entre los utopistas del Renacimiento con sus antagonistas —para Pedroso sólo aparentes—, los teóricos del pensamiento político, los primeros visionarios del Estado Moderno: Juan Bodino y Thomas Hobbes. A veces en clase discurría ampliamente sobre la poesía de Góngora, poeta que prefería a cualquier otro del idioma, o de su juventud en Alemania, donde había realizado la primera traducción al español de *El capital* y también —tal vez como antídoto— la de *Despertar de primavera*, de Franz Wedekind, uno de los primeros dramas expresionistas que circuló en el ámbito hispánico; de sus actividades durante la guerra civil, cuando su título de marqués no le impidió ponerse, desde el primer momento de la contienda, al servicio de la República; de sus experiencias en el sobrecogedor Moscú de las grandes purgas, donde fue el último embajador de la República Española. A menudo nos vapuleaba con cáustico sarcasmo, pero igual celebraba nuestras victorias. Pedroso nos incitaba a leer, a estudiar idiomas, pero también a vivir. Disfrutaba de los relatos que le hacíamos, inventándole algunos detalles, exagerando otros, de nuestros recorridos nocturnos por un circuito de antros de los que parecía un milagro salir ilesos. Uno de los triunfos del barroco mexicano se manifestaba entonces en la complejidad de la vida nocturna de la capital, regida y actuada con imaginación desorbitada. Me parece que la sensación de peligro que se masticaba al entrar en cualquiera de aquellas espeluncas, era producto de una escenografía y una puesta en escena impecables, que si eran espacios de ninguna manera inocentes, también lo eran enormemente divertidos. Los halagos del

mundo convivían en Pedroso de manera perfecta con los rigores del conocimiento. El humor era uno de sus componentes fundamentales. Aun los episodios más dramáticos de la guerra civil podían transformarse en el momento de estar a punto de alcanzar su *pathos* más alto, en un desfile de escenas de comicidad indescriptible. Le debo, entre otras cosas, conocer la teoría del Estado con una claridad que no lograron ni soñar aquellos alumnos que desertaron para abreviar en fuentes más canónicas. Carlos Fuentes y Víctor Flores Olea han escrito sobre él páginas excelentes.

Las lecturas de Julio Verne habían alimentado en mí cierta desesperación de recorrer el mundo y perderme en él; un desquite, tal vez, de la reclusión infantil. A principios de 1953 viajé por primera vez al extranjero. Se trataba de un viaje a Sudamérica. Pensaba desembarcar en Venezuela, pasar por Colombia y Ecuador para llegar al Perú, donde volvería a embarcarme de regreso a México. Unas cartas de presentación de Alfonso Reyes me permitieron conocer de inmediato a algunos intelectuales venezolanos o extranjeros residentes en Venezuela. Traté entonces a Mariano Picón Salas, ensayista, el venezolano de mayor prestigio en el continente, a Alejo Carpentier, a Juan David García Bacca, a muchos más. En mis primeros días en Caracas apareció en librerías una novela de Carpentier publicada en México, *El reino de este mundo*, cuya lectura, como es natural, me dejó deslumbrado. Carpentier se convirtió en uno de los tres narradores hispanoamericanos que durante los años universitarios constituyeron mi Olimpo personal. Los otros fueron Borges y Onetti, a quienes más tarde he ido añadiendo una media docena más de nombres. Del escritor cubano me atrajo sobre todo el ritmo, la austera melodía de su fraseo, una intensa música verbal con resonancias clásicas y modulaciones procedentes de otras lenguas y otras literaturas. A la calidad de su idioma, Carpentier añadía los atractivos del Caribe, su intrincada geografía, la apasionante historia, el cruce de mitos y de lenguas, la reflexión política; todo ello integrado en tramas perfectas. *El siglo de las luces* es una de las más excepcionales novelas de nuestra lengua, un relato sobre la influencia iluminista tanto en las islas como en tierra firme, y una amarga y profunda reflexión sobre los ideales políticos: la revolución, su triunfo, su transformación en razón de Estado, los ideales mantenidos en proclamas, pero negados y combatidos en la práctica. Nada de lo que Carpentier escribió después logró alcanzar la misma tensión.

Venezuela sufría en aquella época una dictadura militar cruel y obtusa, la de Pérez Jiménez. Me quedé varios meses sin moverme de Caracas, en vez de realizar el ambicioso itinerario trazado previamente. Allí cumplí mis veinte años. Escribí uno que otro artículo en *El Papel Literario*, el suplemento cultural que dirigía Picón Salas. Escribí, además, unos poemas que